

HOMENAJE AL GENERAL DE DIVISIÓN JOSÉ MARÍA CÓRDOVA⁶²

In tribute to General José María Córdova

Por: Alonso Palacios Botero⁶³

Resumen: En el aniversario 191 del asesinato del general José María Córdova, después de la Batalla de El Santuario el 17 de octubre de 1829, el vicepresidente de la Academia Antioqueña de Historia, Alonso Palacios Botero, pronunció el discurso en homenaje del héroe. A continuación el secretario general de la Academia, Ricardo Vera Pabón, exaltó la dimensión histórica del general Córdova como intrépido guerrero y resaltó la valentía de sus soldados, amantes de la libertad. Ambos discursos fueron pronunciados en El Santuario, el 17 de octubre de 2020.

Palabras clave: Homenaje, José María Córdova, El Santuario Antioquia, Siglo XIX.

Abstract: In the 191th anniversary of general José María Córdova murder, after El Santuario battle (17/10/1820), Alonso Palacios Botero, vice president of the Academia Antioqueña de Historia, made the commemorative speech in tribute to the hero, followed by Ricardo Vera Pabón, the Academy secretary-general who stressed the historical dimension of general Córdova as intrepid warrior and the gallantry of his liberty loving soldiers. Those speeches were given in El Santuario town the 17th October 2020.

Keywords: Homage, José María Córdova, El Santuario, Antioquia, XIX Century.

62. Palabras, en nombre de la Academia Antioqueña de Historia, en el homenaje conmemorativo de los 191 años del vil y cruel asesinato del general José María Córdova (La Concepción, septiembre 8 de 1799 - El Santuario, octubre 17 de 1829). El Santuario, 17 de octubre de 2020.

63. Miembro de número de la Academia Antioqueña de Historia y actual Vicepresidente de la institución.



Córdova herido en la batalla de El Santuario, óleo sobre lienzo. Colección pictórica de la Universidad EAFIT, Medellín. Autor: Alvaro Garzón López, año de 1969.

Doctor Luis Fernando Suárez Vélez. Gobernador de Antioquia (E)

Doctor Juan David Zuluaga Zuluaga. Alcalde de El Santuario

Doctor Orestes Zuluaga Salazar. Presidente de la Academia Antioqueña de Historia

Monseñor Camilo Gómez Gómez. Presidente del Centro de Historia de El Santuario.

Señores representantes de las autoridades públicas, militares y religiosas. Señores empresarios.

Señoras y señores:

Para la Academia Antioqueña de Historia es un honor tener la oportunidad de participar en este homenaje al general José María Córdova, con motivo de un nuevo aniversario de su cruel y vil asesinato, ordenado por las autoridades del Gobierno Central de la República y llevado a cabo de manera miserable y despreciable por militares extranjeros.

El general José María Córdova no tiene rival en la historia de los pueblos latinoamericanos que fueron libertados por los ejércitos criollos al mando de Bolívar y Santander.

En las dos décadas de los años veinte y treinta del siglo XIX, periodo de la independencia de los pueblos bolivarianos, no hubo un soldado más valiente, más osado, más decidido y arriesgado que este militar antioqueño.

Todos recordamos con aprecio, admiración y respeto la vida y la obra del general José María Córdova.

Recordamos su niñez en estas montañas del Oriente antioqueño; la formación que le dio su madre, Pascuala Muñoz Castrillón, que le transmitió un carácter fuerte, firme, sincero, y en especial la entereza

(hoy diríamos la “resiliencia”) para enfrentar y superar grandes dificultades); las enseñanzas de su maestro de primeras letras, Don Manuel Bravo Daza, bogotano, que enseñaba en la ciudad Arma de Rionegro; el liderazgo mostrado entre sus compañeros de escuela; y su decisión de vincularse a las tropas patriotas que con grandes dificultades y enormes riesgos organizaban Bolívar y Santander.

Pronto se vinculó a las clases

Con doce años de edad, en 1811, este niño acompañó a su padre, Crisanto de Córdova Mesa, a un viaje a la costa para llevar dinero que enviaba Antioquia para apoyar a la ciudad de Cartagena, que sería la primera afectada por España ante las rebeliones criollas. Allí conoció una ciudad grande e importante para su época y el sistema de fortificaciones que en la Colonia se habían construido para enfrentar a grupos de piratas y de expediciones de países enemigos de España.

Francisco José de Caldas pasaba por Antioquia rumbo a la Costa, y de manera inteligente fue tentado a quedarse por el dictador mompoxino, Don Juan Del Corral, para que organizara un centro de educación militar, una fábrica de pólvora y de armas y dirigiera la construcción de protecciones contra el enemigo. Caldas venía de participar en la Expedición Botánica que dirigió el sabio Mutis, sacerdote, médico, astrónomo, investigador de la Historia Natural del Nuevo Reino de Granada. Caldas era un ingeniero militar, familiarizado con las investigaciones del Sabio Mutis.

El joven José María se vinculó al Curso Militar de Ingenieros de la República de Antioquia, en la Escuela de Ingenieros creada por Caldas, tuvo como guía y maestro al coronel francés Enmanuel Roërgas de Serviez y en junio de 1814 recibió el título de cadete. Serviez fue su maestro, su mentor y luego su jefe militar, y fue quien descubrió el talento militar del joven José María, quien rápidamente fue ascendido cuando viajaron a auxiliar a los patriotas de Santa Fe de Bogotá y marcharon al Valle del Cauca a auxiliar a Antonio Nariño.

En las acciones militares del Río Palo, el 4 de julio de 1815, Córdova fue ascendido a teniente efectivo. Ya Pablo Morillo había zarpado de Cádiz con más de 10.000 hombres, para iniciar la reconquista de América e inició su campaña con grandes y rápidos avances en Venezuela. Las tropas de Serviez fracasaron en sus primeras acciones y huyeron a Pore, capital de Casanare. Allí, Córdova aprendió de la vida de los llaneros y perfeccionó las grandes dotes de batallador y guerrero que animaban y daban sentido a su vida.

Después de la batalla del Yarumal (Trinidad de Arichuma), donde Páez destacó la participación de Córdova, este pasó a los Llanos de Apure y, por orden de Páez, atado a un árbol estuvo a punto de ser fusilado, porque se le declaró desertor. Su decisión de desertar era para vincularse a las tropas al mando de Bolívar, a quien encontró a finales de junio de 1817.

Rápidamente se ganó la confianza del general Bolívar; comenzó su fulgurante carrera militar a su lado y al lado de la plana mayor de generales del Ejército Patriota con los que compartiría los fracasos y los triunfos, en medio de penurias de todo orden, los peligros de la guerra y las inclemencias del clima, variante y caprichoso.

Ascendió a capitán efectivo, luego a teniente, e ingresó de ayudante a la división que dirigía el general Carlos Soublotte, con el que tuvo gran amistad. También conoció a O'Leary y a Rupert Hand, quienes más tarde serían sus verdugos. El 8 de agosto de 1818 Bolívar lo ascendió a capitán efectivo de caballería y lo incorporó al Estado Mayor del Ejército patriota.

En febrero 14 de 1819, Bolívar, en Angostura, lo ascendió a teniente coronel efectivo y ayudante general del Estado Mayor General.

En Tame se inició formalmente la gesta de la Nueva Granada y el teniente coronel José María Córdova fue nombrado jefe del Estado Mayor de la División de la Retaguardia, y con el general Anzoátegui, que tenía 30 años de edad, organizó sus cuadros para el ascenso al Páramo de Pisba.

Tuvo actuaciones destacadas en el Pantano de Vargas y recibió la Cruz Vencedores de Boyacá, después de la célebre batalla que definió la suerte a favor de los patriotas.

Bolívar y Santander rápidamente se dieron cuenta, en Santa Fe de Bogotá, que los triunfos obtenidos no eran suficientes y por tanto era necesario atender varios frentes en la Costa Atlántica, en los ríos Magdalena y Cauca, en el Sur, y que había que impedir que en Antioquia se unieran las fuerzas realistas del Sur con las del Norte, y de inmediato ordenaron a Córdova para que emprendiera una expedición a su tierra natal para impedirlo.

Entonces lo nombraron gobernador. Rápidamente Córdova viajó con una pequeña tropa, se instaló en Rionegro y hábilmente nombró a José Manuel Restrepo como gobernador político, a pesar de su resistencia, motivada por razones de salud. Hicieron una buena amistad y organizaron con mucha decisión y efectividad la administración de la región. Al ilustre abogado José Félix de Restrepo lo nombró director de la imprenta; reabrió la fábrica de pólvora, recogió barras de oro para enviarle a Santander, quien presidía el Gobierno Central, reclutó más de 600 esclavos solteros para apoyar las tropas de Bogotá; creó el batallón Cazadores de Antioquia, al que se incorporaron su hermano Salvador y los hijos de doña Simona Duque, e inició la preparación y fortalecimiento de su propio ejército para enfrentar a las tropas españolas asentadas en Antioquia, a las que liquidó en la célebre acción de Chorros Blancos, el 12 de febrero de 1820, cuyo bicentenario celebramos solemnemente antes de comenzar la pandemia del coronavirus.

Después, Córdova fue nombrado comandante general de las columnas de operación del Cauca y Magdalena, apoyado por el teniente coronel Hermógenes Maza, y se desplazó con celeridad a enfrentar a los enemigos en el bajo Cauca, Magdalena medio y bajo y en la Costa Atlántica.

Ya en esta época perfeccionó la capacidad que lo acompañaría en los años siguientes, de prever los movimientos de las fuerzas contrarias.

En cinco días en Mompo tuvo tiempo de organizar el gobierno, designar administrador de correos y aprobar la nominación de nuevo alcalde, sugerido por la junta de padres de familia.

Bolívar lo ascendió a coronel el 23 de junio de 1820, y lo nombró gobernador y comandante general de la Provincia de Santa Marta, cargo del que no alcanzó a posesionarse.

En Turbaco pagó de su propio pecunio a un maestro extranjero para instruir a los integrantes de la pequeña banda de música de sus tropas.

Con las acciones conjuntas de Córdoba y Hermógenes Maza, las tropas patriotas tomaron a Tenerife y con ello reforzaron a las que defendían a Cartagena.

Ingresó a la logia masónica “beneficencia”

En Pichincha se distinguió por su arrojo y luego fue enviado como comandante en jefe de la expedición a Panamá y llegó a la ciudad el 17 de enero de 1822, después de viajar por el río Chagres, donde los mosquitos y las fiebres palúdicas azotaron a sus compañeros militares. Allí recibió órdenes de viajar hacia Esmeraldas, para llegar a Guayaquil y pasar a pie a Cuenca, donde llegó con la tropa diezmada y una enfermedad que lo tuvo en cama once días; siguió hacia Latacunga.

Regresó a Bogotá con el deseo de viajar a Antioquia para visitar a su familia, pero Santander, para resolver sus conflictos con Nariño, lo nombró comandante general de armas de Cundinamarca y presidente de la Comisión del Reparto de los Bienes Nacionales. A Córdoba no le gustaron los nombramientos burocráticos pues prefería la acción militar; pidió a Santander que lo relevara de semejantes cargos y lo enviara a vincularse a la Campaña del Sur; viajó de relámpago a Rionegro, a visitar a su familia y se marchó para emprender la campaña del Perú.

El 21 de mayo de 1824 Córdova, bajo el mando del general Antonio José de Sucre, participó de una manera admirable en la batalla de Pichincha, y seis meses después recibió la Medalla de Oro de Pichincha y ascendió a general de brigada; pasó a Guayaquil, donde al mando del general Bartolomé Salom, fue comandante de los cuerpos de vanguardia; fue nombrado como comandante titular de la segunda brigada en la expedición al Perú; regresó a Guayaquil y en Quito se entrevistó con Bolívar (otros historiadores dicen que se encontró con Bolívar en Trujillo, donde Bolívar había establecido su cuartel general), a quien encontró enfermo, con escalofríos, cólicos y sudores y en un estado de ánimo pesimista, cansado, desanimado, desilusionado y dispuesto a dimitir.

Fue a Túquerres en apoyo de Sucre, quien se encontraba en condiciones difíciles por las divisiones de los patriotas del Perú y las complejas relaciones entre realistas y patriotas y por los enfrentamientos entre estos últimos. Bolívar llegó a Lima en este ambiente tenso, desde donde pedía a Santander más tropas, más recursos económicos, más armas, y éste, con una hacienda vacía y endeudada, hacía milagros para satisfacer los pedidos angustiosos de Libertador.

El 9 de diciembre de 1824, en Ayacucho —que en quechua significa el “rincón de los muertos”—, el general de División José María Córdova, segundo al lado del general Sucre, y a la vanguardia de las tropas patriotas, vence a los realistas, comandados por el propio virrey del Perú, José de la Serna. Con su triunfo sellaron la independencia del Perú y consolidaron la de Hispanoamérica. Con su grito “¡División: Armas a discreción, de frente, paso de vencedores!”, el general de División José María Córdova cambió el avance de la sangrienta confrontación que perdían los patriotas, logró dispersar los ejércitos realistas y llegar hasta el mismo virrey del Perú, don José de la Serna y se lo entregó con caballerosidad al general Sucre, quien, con admiración, se quitó sus charreteras y las entregó con inusitada emoción a Córdova.

El llamado con razón, “Héroe de Ayacucho”, tenía en ese momento 25 años de edad y diez de estar en las filas patriotas. Ese 9 de

diciembre de 1824, en pleno campo de batalla, veía el sol por última vez el imperio español en sus colonias americanas, y José María Córdova, en nombre de Colombia y del Libertador, era ascendido por Sucre, a general de División. A su vez, Salvador Córdova, de veintitrés años, hermano de José María, como capitán al mando de la Compañía de Cazadores del Batallón Caracas, que formaba parte de la División comandada por su hermano, fue ascendido a teniente coronel y su batallón fue distinguido por Sucre con el nombre de “Vencedor de Ayacucho”.

La vida en el Sur después de la batalla de Ayacucho bajó su ritmo bélico y Córdova y sus tropas tuvieron un breve descanso, que Córdova aprovechó para leer obras literarias e históricas. Lo impresionó sobremanera la lectura de las *Memorias de Santa Elena*, obra que pudo haber leído en francés porque aún recordaba su amistad y compañerismo. en Rionegro, con su jefe francés, Serviez.

En esas condiciones el Héroe de Ayacucho, que llevaba la mitad de su vida en un activismo militar desmesurado, pidió a Sucre que le permitiera presentarse en Bogotá para atender su juicio sobre el oscuro suceso acaecido en Popayán.

Las tensiones políticas se complicaron en Venezuela de tal manera, que Bolívar viajó a Caracas a sofocar la insurrección de Páez, y después de negociaciones tensas llegaron a un acuerdo que benefició al propio Páez y fortaleció la separación de Venezuela. Con estas palabras Bolívar selló su acuerdo con Páez: “Ayer el general Páez ha salvado a la República y le ha dado una vida nueva”. Santander consideró este acuerdo entre Bolívar y Páez como una traición y así se selló una enemistad entre el presidente y el vicepresidente de la república.

Bolívar, en un ataque de ira, envió una carta a Santander manifestándole que no soportaba más su ingratitud y pidiéndole que no le escribiera más porque no le respondería. Santander, con toda dignidad y en tono sereno y respetuoso, le respondió al Libertador en unos términos que mostraban la gallardía santandereana.

A juicio de Santander no se entendía cómo Bolívar, mientras por un lado, perdonaba y premiaba a Páez por su comportamiento, por otro le imputaba al vicepresidente la responsabilidad de la insurrección de la Tercera División, Granaderos de Colombia, al mando de Matute, que parecía inspirada en la defensa de la Constitución. Córdova, aún en el Sur, solicitó a Sucre que concentrara la Segunda División Colombiana en la Paz, y éste lo aprobó de inmediato. Desde Lima, ante las polémicas promovidas por la prensa local, Córdova asumió la defensa de Bolívar.

Con la autorización de Sucre, el 11 de abril de 1827 Córdova partió de las costas peruanas, con un grupo de compañeros, hacia Colombia. En la embarcación viajaba Manuela Sáenz, quien rápidamente puso sus ojos en el joven general. Córdova, por respeto a Bolívar, le correspondió con desaires y en este viaje se inició una enemistad entre ellos que a la larga perjudicaría a Córdova. Córdova se detuvo en Quito donde enfermó, luego pasó a Popayán y se hospedó en la casa de Rufino Cuervo y allí se enamoró de una dama cuyo nombre pasó al olvido. Continuó su marcha y llegó a Bogotá el 11 de septiembre de 1827. El día anterior había llegado Bolívar a la capital y había asumido la Presidencia.

El 8 de octubre de 1827 se inició el juicio contra Córdova. El tribunal estuvo compuesto por los generales Rafael Urdaneta, Francisco de Paula Vélez y José María Mantilla quienes por unanimidad pronunciaron un fallo absolutorio.

La segunda instancia, compuesta por un tribunal más numeroso, también lo absolvió así como el propio fiscal. El único que votó en contra del reo fue José Félix de Restrepo, ilustre abogado antioqueño a quien Córdova había nombrado jefe de la imprenta en su etapa como gobernador de Antioquia. Córdova vino a Rionegro a visitar a su familia y regresó a Bogotá, donde se le destinó como segundo jefe del Estado Mayor General.

El 9 de abril de 1828 se inició el Congreso de Ocaña, con una fuerte división entre los partidarios de Bolívar y los de Santander. La

Convención no prosperó, pues aunque los partidarios de Santander eran mayoría, las minorías lograron disolverlo, y Córdova pedía respeto por el Libertador y aceptaba que bajo su mando se tuviera un gobierno fuerte. El acta de Bogotá, en la que se desconocían los actos emanados de la Congreso de Ocaña y se proponía que el Libertador se encargara del mando, no fue firmada por Córdova.

El 27 de agosto de 1828, el Ejecutivo decretó que Bolívar asumiría el poder absoluto con el título de Libertador-presidente, y Córdova, con otros generales, eran irrestrictos sostenedores del nuevo régimen. La Vicepresidencia fue eliminada, Santander ya no fue más vicepresidente y fue nombrado ministro plenipotenciario ante el Gobierno de los Estados Unidos, cargo que aceptó, pero nunca se posesionó.

La Iglesia Católica apoyó al Libertador, recobró privilegios que tenía desde la Colonia y más tarde el Gobierno suprimió la libertad de cátedra en las universidades. Manuela Sáenz, llamada por el pueblo bogotano “la extranjera” preparó un gran agasajo para sus amistades en la Quinta de Bolívar y en el acto se quemó un muñeco con el letrero “F. de P. S. muere por traidor”. Córdova conoció lo acontecido y de inmediato protestó en carta al Libertador, quien le respondió que no era un crimen público, pero sí eminentemente torpe y miserable; ordenó suspender al comandante de Granaderos a quien se le atribuyó el acto contra Santander y mencionó a Manuela como “la amable loca. El acontecimiento quedó impune gracias a los poderes de “la Presidenta”.

Llegaron días aciagos para la joven República. Los patriotas estaban divididos: Los partidarios del Libertador y los seguidores de Santander. Entre ambas facciones había grupos extremistas. Por el lado bolivariano un grupo promovía la dictadura de Bolívar, y como lo observaban decaído, enfermo e irascible, pensaban que, al no tener descendencia, Bolívar aceptaría la sucesión de un príncipe europeo. Por el lado santandereano un grupo preparaba atentados contra Bolívar; atentados que siempre fueron rechazados por Santander e impedidos cuando conoció planes concretos. El ambiente

se enrareció y la tensión aumentó y en la noche del jueves 25 de septiembre de 1828, los conspiradores llegaron al Palacio de San Carlos, dispuestos a asesinar al presidente.

Mientras tanto, Córdova dormía plácidamente en su casa y fue despertado súbitamente por su edecán, Francisco Giraldo, ante las detonaciones que sintió. De inmediato se dirigió al Palacio, pero los guardas no le permitieron entrar; se encaminó a la quinta donde vivía el cónsul Henderson, Fanny y su familia con el propósito de defenderlos y luego los llevó a la quinta La Milagrosa de Fucha, propiedad del general Domingo Caicedo.

Aunque Córdova nunca participó en las conspiraciones contra Bolívar, Urdaneta y Manuelita alimentaron el resentimiento contra él. Calmados los ánimos, Bolívar nombró un tribunal investigador de los atentados y entre los nombrados estaba el general José María Córdova. El tribunal obró aceleradamente y cinco de los sentenciados fueron fusilados el 30 de septiembre.

El 29 de septiembre de 1828 Bolívar, mediante decreto presidencial, nombró al general Córdova interinamente encargado del Ministerio de Estado en el Despacho de la Guerra. La persecución contra todos los que se consideraban conspiradores se incrementó y llegó hasta pensarse que el verdadero promotor de este vil atentado era el general Santander, como cabeza visible de la oposición.

Pronto Santander fue incomunicado, y a pesar de que ninguno de los implicados mencionó nunca a Santander, el general Urdaneta, juez único de la causa, pronunció la sentencia de muerte contra él, previa degradación y confiscación de sus bienes. Como Bolívar debía confirmar la sentencia consultó al Consejo de Ministros, entre los cuales se encontraban los antioqueños José Manuel Restrepo, ministro del Interior, y José María Córdova, ministro de Guerra y Marina.

El Consejo de Ministros recomendó la conmutación de la pena de muerte por la destitución de su cargo de general y el destierro. Esta decisión no fue muy bien recibida por Bolívar, que cada día

aumentaba su odio y resentimiento contra Santander, pero terminó por aceptarla a regañadientes.

Con esta decisión se salvó la vida de Santander, quien después de la muerte del Libertador regresó de su largo exilio en Europa y fue elegido como presidente. Por esta decisión del Consejo de Ministros y por las insistentes intrigas del general Urdaneta y de Manuelita, “la Presidenta” y “Libertadora del Libertador”, que insistían en la posible participación del héroe de Ayacucho en la conspiración septembrina, las relaciones entre Bolívar y Córdova se volvieron tensas y difíciles porque “la sombra de la duda estaba en el horizonte de su amistad”.

Córdova se concentró en organizar su matrimonio con Fanny Henderson y para ello decidió comprar la casa de Enrique Umaña, al lado del Palacio de San Carlos; la escritura se firmó, pero con la muerte del general el contrato de compraventa no se cumplió.

El general Córdova viajó a Chía, donde se encontraba Bolívar, y allí le solicitó el nombramiento de su cuñado, Manuel Antonio Jaramillo, como gobernador de Antioquia, como en efecto se produjo. Esa misma noche de su encuentro con Bolívar se conoció la rebelión contra el presidente, de los coroneles José María Obando y José Hilario López en el Cauca, porque querían poner en vigencia la Constitución de Cúcuta como la Carta fundamental que debería regir al país.

Se dio orden a Córdova de viajar de inmediato al Cauca. Como el enviado por el gobierno, coronel Tomás Cipriano Mosquera, fue derrotado por Obando, Bolívar ordenó a Córdova encargarse personalmente de la campaña del Cauca y éste ordenó a su hermano Salvador que saliera de Antioquia hacia el Cauca, al mando de 300 hombres. Se encontró en La Plata con Mosquera, lo increpó sobre su derrota y allí mismo se ganó la enemistad con otro militar que era del total afecto del Libertador.

Entre tanto, las relaciones del Perú con Colombia eran tensas y se agravaron con la decisión del Perú de tomarse a Guayaquil para

anexarlo a su territorio, y con los posibles contactos de López y Obando con los militares de ese país. Bolívar llegó a Popayán, rumbo al Ecuador, y José María lo instó a que se retirara de la vida pública, abandonara su sistema de gobierno dictatorial y le insinuó un pacto con los rebeldes para que le permitieran al Libertador seguir hacia el Ecuador.

En Quito, Bolívar citó a Tomás Cipriano de Mosquera y a Córdova para aclarar las acusaciones del primero contra el segundo. La decisión de Bolívar fue darle a Mosquera, como gesto de amistad, el nombramiento de jefe de Estado Mayor General, posición para la que Córdova consideraba tener mayores méritos; al general Córdova, en cambio, lo escogió como comandante general del Departamento de Cauca, con sede en Popayán.

Siguieron las intrigas en contra de Córdova, quien se vio obligado a renunciar ante Bolívar a sus servicios en el ejército, pues consideraba que estos no eran necesarios ni indispensables.

Bolívar no aceptó la renuncia, y por el contrario, ante esa manifestación tan sincera, a la que siguieron declaraciones del coronel José Hilario López sobre las posibles conspiraciones de Córdova y su unión con Obando, lo nombró encargado del Ministerio de Estado en el Departamento de Marina.

Córdova renunció a este cargo con un oficio elegante y diplomático, dando las gracias por el nombramiento en un puesto “tan elevado y honorífico” que lo ponía “en un destino cuya materia me es desconocida”. Sin embargo, le escribió a su hermano Salvador que le habían negado su solicitud de retiro del Ejército y lo nombrado en un cargo (“¿Qué sé yo de Marina?”) muy eminente, para que no fuera un peligro.

En Bogotá, los rumores de declarar a Bolívar vitalicio y asegurarle un sucesor extranjero aumentaron y hasta se cocinó la idea de asegurar la escogencia de un príncipe real de Francia para suceder en el trono al Libertador. Hasta José Manuel Restrepo, miembro del

Consejo de Ministros de Bolívar, en carta al Libertador le manifestaba la necesidad de variar de formas constitucionales y le decía que en ese sentido estaban trabajando, aunque veía un poco difícil definir la casa que había de sucederle en el mando, “en cuya familia ha de perpetuarse la Corona por herencia” y le decía que el proyecto lo adelantarían sus amigos (de Bolívar) y “que Usted se manifiesta como extraño al proyecto, aunque sin contrariarlo”.

Bolívar se mantuvo informado de este movimiento monarquista en cabeza suya, pero nunca expresó abiertamente su aceptación o su desaprobación. Por su lado, ni Carlos X, rey de Francia, ni el gobierno de Estados Unidos, aprobaron la descabellada idea, y el gobierno de Gran Bretaña advirtió al gobierno colombiano que no permitiría que un príncipe de Francia cruzara el Atlántico para coronarse en el Nuevo Mundo.

José María, concededor de todas estas gestiones, se llenó de angustia y el 29 de julio de 1829 le escribió a su cuñado, Manuel Antonio Jaramillo, las razones por las que no aprobaba la idea de que al Libertador se lo coronara como emperador constitucional; al cónsul Henderson le escribió en términos más explícitos reprobando la idea y el 21 de septiembre le escribió a Bolívar desde Medellín rechazándola categóricamente:

Yo he creído, Señor Excelentísimo, que en estas circunstancias no podía permanecer más tiempo espectador tranquilo del oprobio de mi patria, sin traicionar mis juramentos y faltar vergonzosamente a mi deber. Todos hemos jurado sostener la libertad de la República bajo un gobierno popular, representativo, alternativo y electivo, cuyos magistrados deben ser todos responsables; y sin renunciar al honor, no podríamos prestar nuestra aquiescencia a la continuación de un gobierno absoluto, ni el establecimiento de una monarquía, sea cual fuere el nombre de su monarca (...) he venido a esta provincia en donde el pueblo, invocando la libertad y desconociendo el gobierno de Vuestra Excelencia como nulo y adquirido únicamente por la fuerza, se ha proclamado la Constitución de Cúcuta. Yo he jurado con todo este pueblo sostenerla, y morir antes que sufrir la tiranía en Colombia.

En estas tierras antioqueñas, y muy especialmente en esta región del Oriente, ya son conocidos los acontecimientos ocurridos hasta el cruel, vil y ominoso asesinato del “héroe de Ayacucho”, ocurrido en tierras de El Santuario el 17 de octubre de 1829, hoy hace 191 años.

El 22 de noviembre de 1829, Bolívar decidió detenerse frente a esta absurda idea de declararse vitalicio y pidió suspender todos los contactos que se habían iniciado con los gobiernos extranjeros para concretar este asunto.

Distinguidos asistentes a este solemne acto de reconocimiento a la vida y obra del general de División don José María Córdova Muñoz.

Junto con la admiración que sentimos por sus intrépidas acciones militares, su hábil manejo para enfrentar situaciones bélicas que todos consideraban perdidas y su permanente ánimo para concluir de manera exitosa intervenciones de máxima complejidad en los campos de batalla, es necesario que identifiquemos los verdaderos valores en los que se educó y cultivó durante su vida este joven militar.

Los valores que aprendió desde sus primeros años de infancia en un ambiente rural, fruto de las mejores tradiciones campesinas de Antioquia, en medio de las limitaciones propias del campo, los incorporó positivamente a su quehacer cotidiano y los fortaleció y conservó durante el resto de su fulgurante carrera militar.

Tuvo claridad de objetivos al incorporarse a las filas de los ejércitos revolucionarios, con escasos quince años, aún en contra de lo recomendado por sus amigos y los deseos de su padre.

Manifestó tenacidad y tozudez al seguir la carrera militar y desde que ingresó a los cursos y entrenamientos en la Escuela de Cadetes, bajo la orientación general del Sabio Caldas y la férrea disciplina del coronel francés Serviez, mostró su sometimiento a las reglas y normativas de una profesión tan riesgosa y no exenta de peligros y

vicisitudes como la carrera militar, máxime que ya se presentía que los desórdenes que promovían los revolucionarios invitaban a los realistas a responder con fuerzas disciplinadas, bien equipadas, con experiencia en contiendas de gran magnitud y complejidad y con recursos abundantes para enfrentar con decisión a los grupos de guerrillas que pretendían superar a las fuerzas del imperio.

Reveló dotes de liderazgo en todas las acciones en que participó desde sus primeros pasos de su fulgurante carrera militar.

Fue inteligente y sagaz, para ejecutar las tareas más peligrosas y delicadas.

Mostró magnanimidad cuando llegó a Antioquia como gobernador militar e indultó a todos los que se acogieran al nuevo gobierno republicano, fueran criollos o españoles.

Su transparencia para exponer sus ideas fue alabada por sus compañeros de filas, aunque después lo condenó para siempre.

Fue profundamente leal y fiel con sus superiores y fue mucho lo que aprendió del Libertador, de Santander y de Sucre.

Ante el conflicto cada vez más profundo entre Bolívar y Santander, tuvo la capacidad de manejar la situación con prudencia y serenidad, en medio de los peligros que corría. Con grandes riesgos de enemistarse con el Libertador, apoyó la conmutación de la pena de muerte por el destierro al general Santander.

Mostró firmeza y compromiso en la defensa, sin titubeos, de la causa de la revolución, y defendió sus ansias de libertad y su concepción de la democracia con valentía que llegó hasta la temeridad.

Siempre estuvo dispuesto a morir en plena acción y terminó su existencia en un combate precipitado por las circunstancias, en condiciones desventajosas, frente a la ira que manifestaban quienes habían sido compañeros de lucha, siempre en favor de la libertad y la democracia.

No estuvo exento de excesos que lo llevaron a cometer errores garrafales. Su ambición de gloria y de poder; su imprudencia ocasional, que lo llevó a para tomar decisiones precipitadas; sus debilidades frente a las damas que se cruzaron en su camino; todo contribuyó a ponerlo en grandes dificultades. Con frecuencia se mostró irascible, colérico y malhumorado.

Esos excesos fueron generalizados en las tropas de ambos bandos, pero se originaron en la conducta de las autoridades coloniales que, de manera cruel y despiadada y siguiendo los derroteros y métodos aprendidos en la Inquisición española, trataban a la población criolla con una tiranía asfixiante y una crueldad inusitada con cualquier parroquiano que mostrara su descontento.

La crueldad y la sevicia se aumentaron con la reconquista y los militares criollos no tuvieron otra alternativa que jugar con la guerra a muerte que aplicaron los comandantes realistas.

En su última acción bélica, si le fue imposible triunfar le fue posible morir con arrogante dignidad, en medio de una lucha despiadada.

Todas estas virtudes, ejercitadas por un hombre nacido en el ambiente de pobreza rural en que se crió y las condiciones adversas en que tuvo que desempeñarse hasta dar su vida a los treinta años de su existencia, debe convertirse en un ejemplo a imitar por todas las generaciones que lo siguieron y muy especialmente entre los jóvenes que añoran un futuro mejor. En enero 3 de 1829 resumía así su política: “La justicia recta y rigurosa, la igualdad legal, un gobierno fuerte y fijo, he aquí las bases de mi política

No en vano su vida y sus acciones son reconocidas por todas las regiones por donde pasó en su campaña libertadora, cuyos resultados disfrutamos hoy.

La sangre de Córdova no se regó inútilmente. Con su decisiva participación se había logrado que en un momento crucial para la República se conmutara la pena capital a Santander por su destierro;

pudo así el Hombre de las Leyes regresar, unos meses más adelante, asumir la Presidencia de la República y consolidar las ideas democráticas y republicanas por las que había dado su vida gloriosamente el Héroe de Ayacucho.

En nombre de la Academia Antioqueña de Historia y de su presidente, Don Orestes Zuluaga Salazar, los invito a la conmemoración de tan infausto aniversario; exaltemos las virtudes e ideales que acompañaron a Córdova en toda su vida; y en estos momentos del resurgimiento de ideas exógenas y extremistas de intensa gravedad para la salud de la Patria, juremos ante su tumba que estamos dispuestos, como José María Córdova nos enseñó, a dar nuestras vidas por defender sus ideas democráticas, porque las compartimos de manera plena y profunda.

Muchas gracias.

Bibliografía

Toro Gutiérrez Rafael Iván (compilador). *Efemérides en el proceso de la Independencia de Antioquia 1924-1942*. Medellín: Academia Antioqueña de Historia; 2010. P. 340.

Montoya Moreno Orlando y Mauricio Restrepo Gil. *Chorros Blancos y la Independencia de Colombia*. Medellín: Academia Antioqueña de Historia; 2020. P. 324.

Moreno de Ángel, Pilar. *Correspondencia y documentos del general José María Córdova*. Biblioteca de Historia Nacional, Volúmenes CXXVII, CXXVIII, CXXIX y CXXX. Bogotá: Academia Colombiana de Historia; 1974.

_____. *José María Córdova*. 2ª ed., aumentada y corregida. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura; 1979. P. 728.

_____. Santander. Bogotá: Planeta Colombiana; 2019. P. 1172.

